

La participación de lo pulsional y lo inconciente en la dinámica de la institución analítica

Raúl Levín

Lo pulsional en las instituciones

Graciela Frigerio

Ateneo 28 de abril de 2015

Clara Nemas: Están hoy aquí con nosotros a dos personas que han pensado y que tienen muy elaborado el tema del que hoy vamos a hablar, que sería la propuesta de la Secretaría Científica para este año. A 100 años de la metapsicología freudiana poder revisar, actualizar, ver qué queda, qué se transforma, qué cambia de los conceptos metapsicológicos freudianos. Cuál es la riqueza contemporánea, qué hemos agregado, qué se ha perdido, pero también cuánto de todo esto permea y está presente en nuestra vida institucional.

Quería darles la bienvenida a todos ustedes pero también a Silvia Velastegui, de Ecuador, que nos está visitando. Ella es miembro de ILAP. Y vamos a tener con nosotros a Graciela Frigerio –a la que conocemos y que nos ha enriquecido en otras oportunidades con sus aportes– que es educadora, investigadora y dirige un posgrado en Educación. Y a Raúl Levín –nuestro colega– psicoanalista de APdeBA que ya todos conocemos. Ha tenido varios cargos en la institución, entre ellos el de presidente de la Institución y se define a sí mismo como ex médico de planta del Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús y ex jefe del equipo de niños del Hospital

Italiano en Buenos Aires. Es autor de *La escena inmóvil. Teoría y técnica del dibujo* y también de numerosos artículos en distintos libros y revistas que todos hemos leído y consultado. Es además docente del IUSAM y de la Facultad de Derecho de la UBA.

Me parece importante recordar la trayectoria. Cómo vamos siguiendo el tema de las instituciones y de la relación de los analistas con la institución en APdeBA, en nuestra institución. Como algo más reciente recuerdo en el Simposio de APdeBA una Mesa en la que participaron Abel Fainstein, Sergio Nick e Inés Vidal sobre el tema de los analistas en las instituciones y la institución psicoanalítica, donde se tomaron aspectos del complejo fraterno o la idea de los momentos regresivos institucionales debidos a las transferencias o al modo en que las relaciones entre analistas se manejan, a veces, de maneras familiares, como familia, y que promueven situaciones regresivas. O los aportes de Laura Borensztein y de Héctor Ferrari en una de las Mesas que tuvimos el año pasado. Héctor hizo una revisión de toda la historia, una interpretación también de la historia de APdeBA. Laura trajo cómo pensar lo nuevo.

Hoy entonces vamos a escuchar a Raúl y a Graciela. Les vamos a dar el tiempo que necesiten para presentar sus ideas y en esta nueva modalidad –tan interesante– de la Secretaría Científica van a preguntar, van a traer interrogantes tres personas que son egresados de Seminarios y que han pensado los trabajos y el tema que se va a presentar hoy desde su perspectiva, que son Ileana Gothelf, Alejandro Guedet y Marisa Bravo. Una vez que terminen los presentadores les vamos a dar a ellos la posibilidad de hacer las preguntas.

Raúl Levín: Yo voy a leer el trabajo recortado, porque realmente me da cuenta de que toco varios puntos, y que si me detengo en cada uno –y según el tema me detendría, por tentación– me empezaría a arborizar en toda una cantidad de digresiones y me llevaría mucho más tiempo.

Hay una ilusión de que la pertenencia a una institución psicoanalítica puede morigerar la angustia ante lo inefable que por definición caracteriza al saber psicoanalítico sobre la naturaleza humana. Pueden operar, en ese intento, mecanismos de negación, racionalización,

sofocación, desmentida o aun de distorsión del sentido que justifica el trabajo institucional. Pero como el mismo psicoanálisis (y su clínica) demuestran, lo eludido por cualquiera de estos recursos vuelve, a veces de una forma sorda y más inaprehensible. La lucha por rescatar la ética del psicoanálisis proviene del mismo imperativo que sostiene el deseo de cada analista de formarse y sostener la posición analítica a ultranza en su desempeño clínico. Pero dicha formación, tan intensiva y rigurosa, de “analista por analista”, no es acompañada de una formación paralela relacionada al estudio de la dinámica inconsciente que circula en la institución como agrupamiento.

La misma institución que nos forma relacionando la teoría psicoanalítica, las supervisiones, y nuestro análisis personal, es elusiva a ser indagada psicoanalíticamente por los analistas que se forman en ella.

Mi intención no consiste en ofrecer un estudio exhaustivo de la institución psicoanalítica, sino demostrar que esto es posible. Intento proponer algunas ideas que contribuyan a pensar por qué se presenta el fenómeno –en cierto sentido incorporado a la ideología institucional– de apartar a la institución de la posibilidad de ser estudiada psicoanalíticamente.

En un trabajo anterior¹ hice un pequeño recorrido histórico, partiendo de las grandes corporaciones medievales, intentando mostrar que comerciantes, profesionales y proveedores de servicios desde antes del Medioevo apelaron a distintas formas de agrupamiento en el que el factor de cohesión e identificación era un bien de uso o de servicio, al que se pretendía mejorar, imponer, prestigiar y por sobre todo transformar en un valor reconocido socialmente. Ese bien que compartían otorgaba cohesión al grupo. En dicho trabajo propongo la idea de que lo que convoca a los psicoanalistas a reunirse en las instituciones psicoanalíticas es el estudio del trabajo de lo inconsciente. Lo cual por sí mismo ya implica una paradoja, porque no puede pensarse en una convocatoria a lo inconsciente, sin pensar a la vez que este también incluye rechazo y resistencias que le son inherentes, y que lo hacen esquivo a ser develado.

¹ Levín, R. E.: La institución psicoanalítica. Pertinencia y paradojas. En *Psicoanálisis de APdeBA*. Vol. XXXVI. Núm. 2/3. 2014.

En ese sentido la institución es una réplica de la teoría que representa y puede ser fuente (o campo constitutivo) no solamente de conflictos y síntomas neuróticos sino también de perturbaciones que comprometen nuestros aspectos más arcaicos. Pero si a la vez la institución es el escenario en que se traman estas situaciones, ¿es posible levantar el telón y exponerlas al descubierto ante sus propios miembros y ante la comunidad no psicoanalítica? Es por eso que la institución tiende a abroquelarse, aislándose de la sociedad. Incluso esta hermeticidad se establece como tabicamientos en la interioridad de la dinámica institucional. Se trata de un fallido intento de preservar a sus miembros de posibles efectos no deseables del trabajo que los reúne, que es el estudio y la investigación de lo inconsciente.

Es significativo que la dificultad en indagar lo inconsciente en juego en la dinámica institucional se refleje en que los autores que se han ocupado de este tema sean una excepción. Quizás en nuestro medio quien más ha profundizado el tema sea José Bleger. En mi trabajo anteriormente citado hago referencia a su texto "Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico"². Este autor se ocupa en ese trabajo de demostrar cómo el encuadre que disponemos en tanto instrumento del dispositivo analítico, se presta a que se establezca como depositario de la parte psicótica de la personalidad, que queda de esa manera inmovilizada a menos que haya cambios o trastornos en la fijeza del encuadre que la aloja. Pero cualquier cambio o movilización del encuadre puede dar lugar a una variopinta posibilidad de efectos, bajo la forma de ansiedades psicóticas, letargo, trastornos relacionados a la despersonalización, alteraciones del Yo, y muchos otros.

Pero es de hacer notar la equivalencia que hace Bleger entre encuadre e institución. "Una relación que se prolonga durante años con normas y actitudes no es otra cosa que la definición misma de la institución" (op. cit., p. 247). Parecería como que los conceptos de encuadre e institución, relacionados a estos temas, para Bleger son intercambiables. Uno replica al otro.

En el encuadre instituido por la institución (valga la casi redun-

² Bleger, J. (1967): Psicoanálisis del encuadre analítico. En *Revista de Psicoanálisis*, Tomo XXIV, Núm. 2, 1967.

dancia) se reproducen los fundamentos, la estructura y la dinámica de la institución de la que deriva.

De esta manera Bleger desplaza el estudio del fenómeno institucional al encuadre que la emula, salvando el tabú que existe acerca de la posibilidad de caracterizar psicoanalíticamente de manera directa a la misma institución psicoanalítica, y particularmente a patologías inherentes a su pertenencia que involucran a los psicoanalistas que la constituyen como miembros o en tanto profesionales iniciando su formación analítica.

Como no puedo ser exhaustivo en las referencias de los importantes cambios que se establecen en la metapsicología que pueden puntuarse a partir del texto de 1920 “Más allá del principio del placer”, diré sencillamente que tomaré a lo inconsciente como representante de la pulsión. Esta definición, extremadamente reduccionista, no da cuenta de la complejidad que se establece en la segunda tópica entre las tres instancias, lo inconsciente y lo pulsional. Y mucho menos de la nunca resuelta relación con lo que indistintamente Freud denominó realidad, realidad externa o mundo externo. Freud nunca fue conclusivo respecto a este concepto, pero necesitó apelar a él según el progreso al que en forma ineludible lo llevaba su propia indagación. Todos relacionamos la proximidad temporal de su trabajo “Más allá del principio del placer” (1920)³ con su antecedente “Lo ominoso”⁴ (1919), pero pocas veces tenemos en cuenta que simultáneamente a “Más allá...” escribe “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921)⁵. Es que después de la introducción de la teoría de la pulsión de muerte, Freud inicia un periodo de su investigación que lo llevará a admitir lo social como fuente de la pulsión destructiva. Toma como punto de partida el libro de Le Bon *Psicología de las multitudes*⁶. Aunque al parecer el libro de Le Bon no le resultaba particularmente atractivo,

³ Freud, S. (1920): Más allá del principio del placer, *Obras completas*, Tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

⁴ Freud, S. (1919): Lo ominoso, *Obras completas*, Tomo XVII, Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

⁵ Freud, S. (1921): Psicología de las masas y análisis del yo, *Obras completas*, Tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

⁶ Le Bon, G. (1895): *Psicología de las multitudes*, Buenos Aires: Albatros, 1952.

era un buen punto de partida en la parábola teórica que se inicia con la nueva teoría pulsional. El libro de Le Bon, publicado por primera vez en 1895, alude a fenómenos que se producen en las masas (o en las multitudes o grupos según otras traducciones) que se fundamentan en lo inconsciente. El rigor metodológico lleva a Freud a introducir con su “Psicología de las masas y análisis del yo” una novedad en la teoría: “en la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con toda regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente una *psicología social* (el destacado es mío), en este sentido más lato, pero enteramente legítimo” (p. 67).

Si hacemos un seguimiento del conocido gráfico con el que Freud intenta transmitir la primera y la segunda tópica, podemos observar su renuencia a incorporar por escrito la palabra “realidad” (o “realidad externa” o “mundo externo”) por fuera de la línea que delimita el espacio psíquico. Sin embargo es interesante observar la evolución del contorno del diagrama con el que intenta transmitir sus concepciones metapsicológicas. Al ilustrar la primera tópica, el esquema respectivo no tiene ningún corte en su continuidad. ‘Interior’ y ‘exterior’ están totalmente delimitados, sin ninguna solución de continuidad. En el diagrama indicativo de la segunda tópica, en la p. 26 de “El yo y el ello” (1923)⁷, hay un estrecho canal que comunica interior con exterior.

Debo admitir que a mí estos esquemas, especialmente en el caso de la segunda tópica, no me han ayudado mucho en la formación de una representación de la ya de por sí compleja concepción metapsicológica del mundo psíquico, y las correlaciones entre las tres instancias, lo inconsciente y la pulsión. Pero para la ocasión, hago este ejercicio de realizar un seguimiento de sus contornos, tanto como dato que puede dar cuenta a la vez de las transformaciones, como de las dificultades de Freud para incorporar un mundo externo (social, cultural) abiertamente relacionado con el psiquismo. A partir de 1920 Freud ya no podía pensar que la destructividad (pulsión de muerte) carecía de una relación directa con el mundo exterior creado por el

⁷ Freud, S. (1923-1925): El yo y el ello, *Obras completas*, Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1984.

mismo individuo humano, como lo demostraría luego en su texto “El malestar en la cultura” (1930). Sus hallazgos comprometen ya no solo al sujeto individual sino a la sociedad como conjunto. El alcance del psicoanálisis se amplía, a partir de sus comienzos, ocupándose de la clínica de la histeria; ahora el psicoanálisis está incursionando en aspectos impensados respecto de lo que se suponía representaba lo más elevado de la condición humana: la cultura. Aunque pareciera paradójal e impensable, en la cultura se halla la fuente pulsional de los efectos más deletéreos sobre la humanidad. La Primera Guerra Mundial, involucrando a los países considerados como los paradigmas de lo más elevado de la cultura, había llevado las atrocidades entre humanos a niveles nunca imaginados.

Para estas investigaciones, que ya superaban la mera indagación de la clínica de consultorio, Freud no tenía las herramientas metodológicas más adecuadas. Por otra parte quizás por la trascendencia y el alcance de estas ideas, Freud no sería acompañado en este nuevo campo de estudio por el conjunto de la comunidad analítica. Que la pulsión de muerte y sus efectos a veces catastróficos provinieran de la propia cultura, deja al ser humano librado a una trampa (hasta puede decirse una tragedia) ante la cual no hay escapatoria. Y que el mismo psicoanálisis sea un producto de la cultura hace más manifiesta su imposibilidad ante la potencia pulsional que contribuye a desatar. Se participa de una paradoja sin solución que los mismos psicoanalistas intentan desconocer.

Es posible que la incidencia de los efectos de estos hallazgos haya también influido en Freud, impidiendo o retardando sus investigaciones. Volviendo al esquema metapsicológico, recién en una de las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, publicadas en 1933 (la número 31)⁸, aparece el gráfico que representa la nueva versión de la metapsicología, con una gran abertura en su contorno por donde se introduce el Ello y el Inconsciente. Queda así denotada la conexión del individuo con el mundo circundante por donde se introduce la pulsión.

⁸ Freud, S. (1933): Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. *Obras completas*, Tomo XXII, Conferencia 31, Buenos Aires: Amorrortu, 1979, p. 73.

Se nos presenta así una nueva línea psicoanalítica que introduce Freud, que no es compartida por todos sus colegas, y en muchos casos es rechazada o desconsiderada. En este aspecto, Freud vuelve a quedar solo como en las épocas de inicio de su indagación de lo inconsciente.

No solamente la participación de la cultura y la sociedad en la constitución y en el destino destructivo del humano encontró rechazo entre los colegas, sino también la misma (y en algún sentido oscura) conceptualización de la pulsión de muerte. Se suele hablar de una segunda teoría pulsional que introduce una dialéctica entre pulsión de vida y de muerte. En realidad es más que eso. Se trata de otro concepto de pulsión. La dialéctica entre Eros y Tánatos se da en un plano de extrema asimetría. El poder de la pulsión de muerte es desproporcionado en relación a la de vida, que es un mero recurso para retrasar el inexorable triunfo de la de muerte. La pulsión de muerte es irreductible. A pesar de que no es lo que explicita Freud, creo que ya no podemos hablar de un dualismo como en la primera teoría pulsional, sino que se trata de una teoría monista. Por eso es tan frecuente cuando hay referencias a lo pulsional de la segunda tópica, que se mencione directamente “la pulsión”. Eros intentará ligar y prorrogar efectos disgregantes de la pulsión de muerte, pero esta finalmente será inexorablemente exitosa en su fin de transformar la vida en lo inorgánico.

La introducción del concepto de pulsión de muerte, difícil de exponer porque refiera a fenómenos “más allá” de nuestros límites de comprensión, trata sin embargo de acontecimientos difundidos y observables, a veces extremos en su gravedad. Y el psicoanálisis propone darles un lugar en su conceptualización.

El Ello, polo pulsional del sujeto, se aloja en la trama inconsciente que conforma la institución psicoanalítica. Su influjo es inevitable.

En tanto producto cultural toda institución está abierta a los efectos del Ello y lo pulsional que le es propio. También en tanto producto cultural toda institución participa de la ineludible infiltración de Tánatos en el tejido social.

Pero a la institución psicoanalítica se le suma un *plus*. En tanto convocada en torno a lo inconsciente, la pulsión se aloja en el ámbito en que los psicoanalistas se agrupan. Y no por un efecto residual

como en otras instituciones, sino como producto del sentido de la institución psicoanalítica.

Es paradójal que la pulsión, que tiende a disgregar, sea a la vez la que tendría que dar cohesión a un agrupamiento. Con su incumbencia en el trabajo clínico de sus miembros, es además campo propicio para que los aspectos más arcaicos del psiquismo se proyecten en ella. De acuerdo a esta extensión que hicimos de la evolución del contorno del diagrama metapsicológico en Freud a la misma institución, la ruptura de la continuidad que relativiza la idea de lo interno y lo externo, el encuadre ya no solo es un símil de la institución sino su continuidad. La institución facilita que en ella se depositen los mencionados aspectos más arcaicos, psicóticos y mudos que circulan en lo inconsciente. No lo dice Bleger, pero los pensamos ligados a la pulsión, en sus aspectos más irreductibles. La ilusión es mantenerlos inmovilizados para evitar ansiedades psicóticas abiertas. Pero eso sería a costa de una estructura institucional congelada. Se ha supuesto que apartar herméticamente con un trazo grueso la institución psicoanalítica del mundo externo, podía preservarla de movilizaciones que no pueden asimilarse y resultan traumáticas. Sin embargo, esto la hace más vulnerable a cualquier transformación. Todos tuvimos la experiencia de la revulsión que implicaron cambios en los estereotipos establecidos. En nuestra institución, la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA), tenemos la experiencia de la conmoción que provocó la creación en su momento del Centro de Estudios Psicoanalíticos (CEPS), y actualmente el complejo proceso de constituir el Instituto Universitario de Salud Mental (IUSAM).

Lo inefable de la pulsión que encuentra en la institución psicoanalítica un espacio propicio para acantonarse, no podrá resolverse salvo que se la acepte en su irreductibilidad y sea objeto de estudio y reflexión permanente. La idea de circunscribir la institución con murallas y pocos lugares vigilados para un mínimo flujo entre interior y exterior, no solamente la esteriliza, sino que se ha demostrado que no se corresponde con la idea de lo que es la dinámica institucional.

Podemos pensar que así como la última versión del esquema de Freud muestra una gran apertura entre lo interior y lo exterior (insistimos en que estamos utilizando lo que Freud presuntamente aplicaba

al plano individual como ilustración, aunque ya estaba implícitamente incluida una indistinción individual-social), los otrora límites herméticos y selectivos de la institución no tienen la vigencia que tuvieron. Ahora son mucho más difusos.

¿Cuál sería entonces el alcance de la institución psicoanalítica? ¿Cuál su extensión? ¿No incluye por ejemplo a los consultorios en que sus asociados atienden psicoanalíticamente a sus analizandos? De hecho, pienso en los remanentes de transferencias no resueltas circulando con connotaciones pulsionales en la institución. ¿Y los pacientes que se atienden con los psicoanalistas de la institución? ¿Y los docentes de otras disciplinas que convocamos para nuestra formación? ¿Y los docentes y alumnos de otras disciplinas del currículo del IUSAM? ¿Y la gente que viene desde otros espacios para participar de actividades científicas y culturales? De esta enumeración (que podría ser más extensa) se deduce que la delimitación de la institución psicoanalítica no es lineal y que en todo caso lleva sus estribaciones hasta muchos estratos de la sociedad misma.

Como para quienes se ocupan en biología de la taxonomía de los seres vivos, puede depender de cuál punto de vista se toma como referencia para enunciar otras definiciones y clasificaciones. Creo que si tomamos la afirmación de Freud de que el psicoanálisis es una psicología social, nuestro criterio para comprender la institución psicoanalítica es otro. Lo interior y lo exterior a la institución pierde vigencia. No podemos hablar de psicoanálisis y comunidad, porque el psicoanálisis es un bien de la comunidad y forma parte de ella.

Y fundamentalmente, lo pulsional, como flagelo de la cultura, no puede ser descuidado ni en la comunidad ni en la institución psicoanalítica, a la que podemos considerar un espacio en que lo tanático se presta a ser estudiado, no solo en función de la clínica, sino también del entorno social, institucional y cultural al que pertenecemos.

Graciela Frigerio: Buenos días a todos, muchísimas gracias a esta institución que persevera en invitarme cada tanto y que me permite reconocer entre ustedes a algunos con los que ya vinimos compartiendo algunos intercambios.

Debo comenzar confesando que estoy un poquito aterrada, porque

no formo parte de esta institución que me invita, no poseo de ninguna manera los saberes que el colega acaba de desplegar, que ponen el acento sobre cuestiones nodales de la institución y quisiera que tuvieran la cordialidad o la paciencia de aceptarme como a una exploradora. Trato de ser prudente, pero un explorador puede cometer enormes torpezas y ustedes, sin duda, las descubrirán.

Yo trabajo en Educación, es decir no podría decir nada de las instituciones psicoanalíticas, pero esto no me impide, desde la perspectiva que sostengo, admitir que ahí en la institución, depositaria de un mandato de transmisión, acontecen cosas que forman parte de lo que podríamos llamar –o ustedes llamarían– lo inconsciente. Y con esto quiero decir no solo tal como se plantea el Ello, sino también aquello que no encuentra palabras, es como cuando en la infancia –diría Lyotard– se pasa la vida tratando de encontrar una palabra para decirse y no hay modo de que las encuentre a todas.

Yo voy a compartir con ustedes unas reflexiones que se podrían llamar así: “Las instituciones a la sombra de Edipo”, “Edipo en las sombras de las instituciones”. Y quisiera tranquilizarlos: no voy a hablar del Complejo de Edipo. No es esa parte la que me interesa. Hay algo que Sófocles hace decir a Creonte: “Lo que se busca puede hallarse. Lo que no se investiga, escapa”.

Frente a esto –y acompañándome de un psicoanalista que algunos de ustedes recordarán, que es Michel Gribinski, un winnicottiano, rehacedor de teoría clínica. Gribinski dice en uno de sus textos sobre las escenas indeseables: “No tengo ganas de hacer como si lo hubiera comprendido todo. No tengo ganas de tratar con familiaridad lo que me interroga sin complacencia”.

Yo –la verdad– cuando trabajo en las instituciones me doy cuenta todos los días de que no entiendo nada, que las instituciones me sopapean una y otra vez mostrándome los límites de mi saber, los límites de mis capacidades de prever, de anticipar, de calcular, de hacer entrar en una grilla racional un mundo muy oscuro.

Podríamos decir que quizás, y retomando de otro modo la pregunta que Raúl lanza, al modo en que Casandra en la voz de Christa Wolf lo presenta, estamos golpeados por una ceguera. Dice Christa Wolf –poniendo sus palabras en Casandra– golpeados por la ceguera: “Todo

lo que tiene que saber se desarrollará ante sus ojos, sin embargo ellos no verán nada”.

Así es como se presenta esta cuestión de la ceguera frente a algo que acontece en lo institucional, que conmueve nuestro mundo interno –si Raúl me permite que utilice esa expresión–; yo sigo usando mundo interno y mundo externo, no encuentro otros modos, al mismo tiempo que voy a sostener que las instituciones son como la gráfica de una cinta de Moebius donde una cosa se vuelve la otra, una y otra vez, eternamente, en un ciclo que las modifica permanentemente. Lo de afuera se vuelve interno, se internaliza, se subjetiva, aquello que forma parte del mundo subjetivo se traduce en acción política.

Voy a hablar como “institucionalista”. ¿Qué quiere decir? Creo que los humanos necesitamos de las instituciones. Un límite, una institución es para mí una relación con el límite, una posibilidad de admitir un límite. Y en todo caso en las instituciones de transmisión en las que trabajo, sobre las que me ocupo, la institución podría entenderse –a la vez– como la propuesta que da la posibilidad de una elección sublimatoria, el camino oblicuo de la satisfacción –dirán algunos–, la institución como lo que aloja, cobija o alberga la pulsión para que algo devenga otra cosa, para que se pueda elegir otra cosa.

Yo iba bien con esta definición, hasta que me encontré con el texto de François Lyotard que dice: la teoría psicoanalítica jamás resolvió nada sobre el tema de la sublimación. Es –como dice Pontalis– una irritación conceptual la que tenemos ahí; no existe tal teoría desde el psicoanálisis. Y sin embargo admitiendo la interpelación que François Lyotard hace para marcar cómo ese concepto es irritante, inacabado, inconceptualizable, quizás puedo seguir sosteniendo esta posición de pensar la institución como ese tercero que permite la sublimación, es decir aquello que viene a catalizar, sin lo cual la sublimación –en términos estrictamente químicos, por decirlo de alguna manera– no podría tener lugar.

Pero la institución es lo que heredamos, lo que recibimos, lo que nos hace, lo que nos instituye. Y es en esa sombra de la institución en la que nos cobijamos, como uno podría buscar abrigo debajo de un árbol en esos días inclementes de intemperie.

Pero también estar a la sombra de la institución implica admitir que lo sombrío de la institución nos alcanza, que formamos parte de ello. Formamos parte de ello porque quizás –desde la perspectiva que queremos sostener, próxima al pensamiento de Pierre Legendre o próxima al pensamiento de Eugène Enriquez, desde dos posiciones teóricas totalmente distintas –la teoría del derecho y la sociología clínica– hemos hecho instituciones porque tenemos profundos miedos, porque eso es lo propio del sujeto. Ese miedo, ese terror –les diría– al caos, a lo informe, a la soledad, a la muerte.

Y la institución viene ahí a proponer unas formas, unos acompañamientos, unos continentes. Pero fundamentalmente viene ahí a proponernos inscribirnos en un principio filiatorio. Como decimos filiación y he mencionado algunos autores, podríamos tomarlo desde dos perspectivas: una, desde la perspectiva filosófica, y recurrimos a Nietzsche cuando él dice: “Somos el resultado de generaciones anteriores. Somos el resultado de sus aberraciones, pasiones y errores y también, sí, de sus delitos. No es posible liberarse por completo de esta cadena, podemos condenar las aberraciones y creernos libres de ellas, pero eso no cambia el hecho de que somos sus herederos”.

Herederos de unos crímenes, unos asesinatos, unas maldades, de unas maldiciones, casi al modo de Rigoletto, podríamos decir. Pero cuando pensamos las instituciones y el principio filiatorio acompañados por Legendre, quiero compartir lo que él dice: “Vayamos a la institución del nacimiento, a su ordenamiento dogmático cuya función no se ha de perder de vista. Se trata de someter el deseo a las exigencias de reproducción de la especie y producir el discurso legalista, por medio del cual el enigmático objeto –la criatura– puede ser hablado como sujeto de las filiaciones familiares”.

Institución y filiación, entre institución y filiación podemos decir que se juega lo propiamente humano y también, en esa capacidad terrible que tienen las instituciones y nosotros, tanto para la construcción de los rasgos de semejanza como para el borramiento de la semejanza del semejante.

Y es por todo esto que recorro a la literatura, a las palabras de una mujer que vivió todas las escenas indeseables de la Segunda Guerra,

llamada Charlotte Delbo –ustedes la recordarán, quizás–; ella afirma lo siguiente y es por esto que voy a entrar en Edipo: “Las criaturas del poeta no son criaturas carnales. Es por esto que yo las llamo espectros. Ellas son más verdaderas que las criaturas de carne y de sangre porque son inagotables. Ellas son mis amigos, nuestros compañeros, aquellos gracias a los cuales estamos ligados a otros seres humanos, en la cadena de los seres y en la cadena de la historia”.

Podríamos decir entonces que, golpeados por la ceguera, la que Edipo se autoimpone, entramos en una historia que viene de allá lejos y otro tiempo, acerca de cuya veracidad fáctica, empírica, no nos importa nada. Lo que importa es el efecto simbólico que esta produce. Y para entrar en Edipo y en las cuestiones filiatorias desde donde lo quiero tomar para decir, en las instituciones en las que yo trabajo esto actúa en los cimientos, en los restos, ahí en el fondo de las instituciones. Yo podría empezar así: hubiera sido tan sencillo que Layo lo dejara pasar. Un gesto mínimo de cortesía de un grande para con un pequeño. Layo no pudo, era imposible para él tener ese gesto de amabilidad y Edipo... Edipo no podía sino matarlo porque estaba buscando un padre, un lugar donde inscribirse. Esto le había indicado la profecía. Iba a matar al padre. La única manera de tenerlo era matar a un hombre. Este que impide el camino, este que viene a decir “no hay lugar para el nuevo” y este que oculta una lectura de Edipo un poquito menos simpática. Simpática no podría ser, es una palabra inadecuada. Un poco más torcida, retorcida, si ustedes quieren. Es decir que nosotros estamos acostumbrados, por lo menos los que leemos desde ciertos lugares Edipo, que nos hayan contado la historia de este asesino que mató a su padre. Pero nunca nos contaron la historia de este niño mal querido que fue objeto del deseo de muerte de sus progenitores.

Estamos –a mi modo de ver– complicando un poco las cosas porque desde mi perspectiva lo que se pone en juego es esta segunda versión. Ustedes recordarán que en encuentros anteriores yo había hablado, acompañada de las teorizaciones de Eugène Enriquez, de la importancia que para mí tenía en la actualidad, en estos tiempos, reconsiderar la fuerza de la pulsión de muerte totalmente desatada. Una pulsión de muerte desentendida de la pulsión de vida, aquella que no solamente se ve en el asesinato de la esquina sino que se ve

en el intento permanente de robar y expropiar subjetividades a cuanto semejante posible puede haber por ahí.

Yo voy a sostener –de mal pensada, si ustedes quieren, de transgresora, de desobediente– que el problema con el que nos encontramos en las instituciones es esta dificultad, para los grandes, de dar lugar a los más chicos. Este deseo de muerte de los grandes a los más chicos. Es un deseo de muerte muy particular. Es un deseo de muerte basado en la necesidad de tener finalmente dónde filiarse, de poder escapar a las mentiras, a las mentiras de ella, la todopoderosa, la entregadora, la magnífica, la madre, la amante, ella: Yocasta. Yocasta que además sabe todo lo que hay que saber y que lo maldice dos veces, como si una hubiera sido poco. Cuando él nace y lo entrega y cuando le dice: “Te maldigo porque al querer saber estás metiéndote en un quilombo y nos estás pudriendo la vida”. Dos veces maldecido por ella, ella a quien se le ocurrió, vaya a saber por qué, que tenía que tener un hijo que Layo no quería. Cosas que a veces hace alguna gente por ahí, querer tener hijos sin que el otro quiera y sin ni siquiera quererlos tampoco.

Es una cuestión de una posición. Layo tenía sus razones –podemos discutir las pero podemos entenderlas– tenía sus razones que tenían que ver también con la cuestión de una herencia a tramitar, la herencia de una condena que pesaba sobre él y este miedo a que el otro llegara, este miedo a admitirse como mortal.

En las instituciones esto juega, nadie quiere admitir lo breve del presente biológico de cada uno. Esto se aloja en todas las instituciones ocupando todos los lugares, tratando de que los otros no asomen la cabeza, no respiren, no tengan nombre propio.

Ustedes perdonen, esto es pura fantasía... pero ustedes saben mejor que nadie, mejor que yo, que Edipos hay tantos como todos nosotros, entonces algunos podrían leerse así. Por supuesto habría otros.

En todo caso es interesante pensar el lugar de Edipo, el maldecido. Es así, los grandes tienen ese poder terrible sobre los nuevos. Pueden bendecir, ofrecerles buenas palabras, inscribirlos en un relato, darles un nombre, proporcionarles un lugar, transmitirles algo habilitando que la transmisión se vuelva otra cosa. Y otros los maldicen: “No me ha pasado nada peor que tenerte”. Y en efecto porque tener a otro

inscribe la lógica antropológica: para que vengan unos, otros tendrán que empezar a partir. Y eso en las instituciones trabaja en el fondo con una crueldad. Me parece a mí, por momentos, tenemos una dificultad para admitir eso: el paso del tiempo, el paso a los otros.

En fin, en todo caso a la sombra de. Es una expresión que me conviene. No la quiero trabajar acá como Freud podría trabajarla –*Duelo y melancolía*– aun cuando hay algo en Edipo que ahí también se juega. Tal vez Edipo tuvo que encegucerse. ¿Por qué lo hizo? El que quería saber, privarse de ver. Quizás porque hizo el movimiento que hacen los chicos, que con ingenuidad creen que si hacemos –así– el otro no nos ve y ya no estamos más visibles a la mirada de los otros. Quizás Edipo, el maldecido, quería desaparecer.

Podríamos decir que Edipo anduvo después a la sombra de sí mismo, el que fue, el que hubiera querido ser, el que no permitieron que fuera allá lejos, al comienzo.

Es el cuerpo de Edipo el que se vuelve una sombra en la propia errancia, cuando debió acostumbrarse a dejar de ser el cuerpo del tirano, el cuerpo del hombre de Yocasta.

Quizás ese cuerpo, que haya sido indefinidamente el cuerpo de un pequeño de tobillos heridos, enlazados por una atadura a la que siempre estuvo ligado aunque la herida parecía cicatrizada. La sombra de un niño desechado pesa sobre Edipo tirano, la sombra atrapa a Edipo, un Edipo que ya no puede ver su sombra pero que hace sombra y da a ver sobre las sombras de las filiaciones no tramitadas o intramitables.

La sombra del objeto cae sobre el Yo. Pero no es eso, no solo eso, porque Edipo andariego finalmente incompleto ha quedado a la sombra del mundo conocido, al que debe proteger y del que debe protegerse. A la sombra de sus hijos, que combaten entre sí, a la sombra de la visión insostenible de Yocasta suicidada o asesinada, en todo caso muerta. A la sombra de las profecías que finalmente lo atraparon cuando había creído vencerlas. A la sombra de una tumba protegida de la luz de la ubicación. A la sombra de la noche que atrae los sueños.

En fin, ese Edipo ciego en sombras, quizás tan ensombrecido como asombrado, es el que desde mi perspectiva echa luz sobre las complejidades de las inscripciones, sobre la necesidad y las trampas

de la ley, sobre el carácter de legisladores e intérpretes propios de la experiencia humana.

Edipo camina, era un andariego, camina y su vida y su muerte institucionalizan lo propio de lo humano, instalando –antes de que el mito de la horda fuera redactado por Freud– un recordatorio que indica que el humano no es sin condición y la condición se llama ley. La que separa, la que prohíbe, la que diferencia, la que hace distancia entre las palabras y las cosas, la que corta las palabras para que no sean un continuo de sonido y las podamos escuchar.

En fin, la existencia de la ley –como la de las instituciones– no conlleva un cumplimiento universal, solo señala universalmente unos modos de decir lo necesario para que la condición humana tenga chance.

En fin, se trata en las instituciones no solo –como lo sostiene Eugène Enriquez– del exorcismo de la violencia originaria, sino del exorcismo mismo de lo originario. Aunque cabría preguntarse si en lo originario hay otra cosa o algo más que violencia, algo más u otra cosa que pulsión desahogada, libre de todo fuero, indómita a toda ley, rebelde o refractaria a cualquier reclamo de reconocimiento, ignorante de cualquier significado ético. La pulsión solo conoce de su fuerza, de su ansia, de su poder.

Por eso transformar un manajo pulsional en un *anthropos*, ese monstruo deseante y soñador –como decía Castoriadis–, en un sujeto de la especie del animal que habla, carece de casualidad y exige trabajo, un trabajo que se da entre sujetos inter e intrasubjetivamente.

Exorcismo –este de la violencia originaria– que incluso imposible y fallido, viene a sostener la ilusión esencial de un mundo de hombres donde el filicidio no sea recurrente, en el cual el parricidio no necesite encarnarse y el incesto sea solo una dolorosa excepción y no la expresión del fracaso de la ley estructurante.

En fin, los que trabajamos en las instituciones solemos advertir y registrar en la vida cotidiana –en reacciones, en señas, en sueños– el modo en que se presenta la sombra de Edipo, el niño malquerido, el descartado, el ofrecido, el filiado, el asesino, el tirano, el amante. ¿Se acuerdan de esa expresión de Octave Mannoni que hablaba de la transferencia como un amor inadecuado, inconveniente, inaceptable, prohibido?

Edipo, el detective, el juez, el errante, el desaparecido.

En las sombras convivimos con la sombra de Edipo y con otras figuras y sus sombras, con otras proyecciones. Todo tiende a que se actualicen en cada ocasión y en cada ocasión se actualiza también la necesidad de responderse unas preguntas: ¿por qué los grandes se hacen pequeños?, ¿para qué le sirven los niños a los grandes?, ¿qué queda de los *infans* en los grandes?, ¿qué posición adoptar frente a los enigmas?, ¿cómo tramitar la relación de desconocido?, ¿cómo elaborar la tensión inevitable entre el deseo de saber y el terror de pensar?

En fin, ahí estamos a la sombra de una novela, de la novela de Edipo. A la sombra de unas instituciones tratando de ver si podemos hacer algo con eso llamado lo arcaico, lo originario, lo materno, lo indecible que está ahí, en el fondo de las instituciones, ese agujero negro de un origen sobre el que se instala el límite del saber, la prohibición de recordar, motores, a su vez, de la curiosidad, de la sed, de la necesidad, del deseo de volver conocible lo desconocido.

En fin, vamos a terminar aquí sabiendo que —como dice una novela de Haruki Murakami— las cosas sin embargo no terminan tan fácilmente, cuando alguien le pide algo a la vida —y quién no lo hace— la vida le exige muchos más datos, más información, le exige más puntos para poder trazar una imagen clara; si no, no se obtienen respuestas.

Adela Costas: Vamos a tener que recuperarnos un poco de esta experiencia revulsiva emocional. Pensaba en que habíamos tenido, quizás, la ilusión de formar instituciones que nos pusieran por fuera de la cadena del filicidio, el parricidio y el incesto. Y amurallamos esas instituciones sin saber que estábamos amurallando un volcán y que ese volcán hace erupción desde adentro y que a veces tenemos la desilusión de que aunque hayamos amurallado esta ciudad, nadie tiene ganas de asaltarnos desde afuera después tampoco. Así que tenemos una cantidad de cuestiones para seguir pensando.

Ahora invitaría a nuestros jóvenes cuestionadores —a Ileana, a Alejandro y a Marisa— a que nos hagan llegar los interrogantes a la Mesa, para que puedan dar una vuelta y responderles. ¿Puede ser?

Marisa Bravo: Voy a empezar por el principio; sobre el trabajo de Raúl Levín cuando habla de la formación de los analistas, eso es algo que me interroga: cómo piensa que puede acompañarse la formación analítica con el estudio de la dinámica inconsciente que circula en la institución psicoanalítica –en este caso– pero además con esta característica de que algunas instituciones tienden a abroquelarse.

La otra pregunta es cuando él habla de lo social como fuente de pulsión destructiva y cuando toma el punto de *El malestar en la cultura*, él dice que el psicoanálisis está incursionando en aspectos impensados respecto a lo que se suponía representaba lo más elevado de la condición humana, que es la cultura. Y pensaba –un poco en contraposición a la pregunta anterior– cómo incorporar lo interdisciplinario en el trabajo que nosotros hacemos como psicoanalistas, y ya relacionándolo con lo que dice al final del trabajo respecto a la comunidad y a la apertura de la institución, de nuestro trabajo extramuros –hablando de muros– del consultorio.

Hay un punto –esto es en función del tema de Eros y Tánatos– cuando dice que a la institución psicoanalítica se le suma un plus, en qué términos es pensado este plus.

Y un comentario, qué es cuando nombra a la institución que tiene la ilusión de mantenernos inmovilizados para evitar ansiedades psicóticas, y esto genera que la institución quede congelada. Una reflexión sobre cómo pensar los efectos, que yo creo que sí hay posibilidades de pensarlo –y en esto creo que influye mucho lo que pudo haber nombrado Graciela Frigerio– que yo lo pondría en términos de: en vez de inercia pulsional, inercia institucional; el quedar fijados en un funcionamiento que sea inercial.

En esto voy a hacer un agregado y es que además de pertenecer a esta institución, yo trabajo en una institución pública, y esto lo puedo relacionar con la delimitación de las instituciones, que no es lineal.

Nosotros somos de los nuevos en esta institución y creo que con este aporte que hizo Graciela se genera y se abre todo un debate de qué lugar para los jóvenes, cómo nombrarnos –claustro de estudiantes, por ejemplo.

Ileana Gothelf: Me quedó dando vueltas lo de la Cinta de Moebius, el adentro y el afuera y el tema de la pulsión de vida y la pulsión de muerte como dos concepciones que a mi gusto no se pueden separar.

Y pensaba si en el fundamento de toda institución está este miedo-terror –que nombraba Graciela– a quedarnos solos, este miedo-terror a la muerte que también Freud plantea en *El malestar en la cultura*, donde dice que la cultura es necesaria para luchar contra la naturaleza; entonces este miedo-terror nos une y a la vez se transforma como en el amor de estar con el otro por el miedo-terror a estar solo. Pero a su vez en la dinámica institucional también se vuelve a sentir un miedo-terror por ser atrapado, matado, asesinado por el otro.

Alejandro Gueudet: Quería preguntarle a Raúl si cree que la institución nos protege. Y en relación a Graciela le quería preguntar, en esta experiencia que tiene de observar instituciones, qué se le destaca cuando tiene que tratar de armar una conjetura en relación a lo que llamamos la institución.

Raúl Levín: Reconozco que no me siento muy autorizado a dar respuesta a preguntas muy incisivas y que van al fondo de la cuestión. Quiero primero decir que lo que yo supongo cuando uno firma un trabajo es que no es que está descubriendo nada sino que está pescando algo a lo que está llegando, capaz que uno lo pesca unos microsegundos antes que el resto nada más y se ocupa de escribirlo, entonces no es algo extemporáneo a lo que está ocurriendo en el momento.

Quiero destacar que hay muchas preguntas para mí porque yo publiqué y trascendió, pero yo me enriquecí muchísimo escuchándola a Graciela porque es lo que necesitamos: ese frescos que nos saca una de nuestras murallas en nuestro lenguaje y nuestras vías de pensamiento. Yo a veces tengo claro por dónde voy pensando, y a veces no solamente claro sino que me lo propongo. Este trabajo yo lo encaré desde el tema de la pulsión porque era un poco la consigna y yo estoy muy interesado en el tema de pulsión de muerte porque me parece que todo ese período –entre los años 20 y 30– la escisión del Yo, yo creo que está relacionada también con la pulsión de muerte; pero también

creo que es otro concepto de pulsión que el que se habló al principio. Entonces, hablo mucho de la parábola del pensamiento de Freud y la parábola cultural que hubo a lo largo de todo ese tiempo, desde el positivismo hacia la apertura de una cantidad de corrientes que daban mucha más libertad de pensamiento.

Voy a empezar a pensar cómo luchar contra lo abroquelado que preguntó Ileana. Yo creo que tiene que ver con lo mismo que preguntó Alejandro, si la institución nos protege o no nos protege. De acuerdo a lo que yo estoy poniendo acá, es la misma pregunta que uno le podría hacer a un andinista: si el andinismo te protege. ¿Qué quiero decir? Como riesgo es enorme; pero también como placer, como deseo, como vocación en el sentido profundo de la palabra también lo enriquece. Sin embargo, es peligroso también.

Todos sabemos, pensamos que el que elige ser psicoanalista se está metiendo –como ella dijo muy bien– en una exploración, y el que explora es porque no sabe qué es lo que va a encontrar.

Ahora sabemos que una de las cosas que va a encontrar es esta situación de muerte, como la encontró Edipo, como se encuentra de una manera más banal –que estábamos hablando antes– en las situaciones entre adultos y niños por ejemplo, todo lo que vos hablaste de las generaciones que me parece una cosa tan ligada a los sentimientos de desconocimiento, de objetivar al otro, de quitarle su rango de persona y de derechos, que es lo que hacemos todos en la institución de no dejar crecer a los más jóvenes; y cada uno luchando contra una ilusión que es, que si nosotros tenemos recursos –como este por ejemplo– de tener el poder dentro de nuestra institución, cerrada, hermética y conociendo todos los reglamentos y todos los procedimientos, etc., etc., estamos a salvo de la muerte.

Yo me acuerdo que hace muchos años escribí un trabajo sobre la muerte del psicoanalista, porque con esa idea de que el inconsciente es atemporal muchos han creído que los psicoanalistas no se morían. Cuando moría un psicoanalista era tan traumático que uno tenía que revisar toda su historia y toda su transferencia, en donde obviamente parte de lo que uno depositaba en la transferencia era la idea de eternidad. Creo que en eso también incidían los análisis tan largos, como que eso daba alguna garantía, también, de mucho más.

Cuando venían esos Rosters mundiales venía un papelito con los reglamentos de la IPA y entre los reglamentos decía que estaba prohibido hablar de psicoanálisis con gente que no era psicoanalista. Para darles una idea de la hermeticidad que se mantenía frente a todo esto. Y cosas mucho más desagradables en situaciones de peligro social, en donde también los psicoanalistas se abroquelaron intentando pasar por encima de situaciones que abarcaban a toda la sociedad, para preservar su vida.

Vivimos asustados, todo ser humano vive asustado; asustado –yo pienso– no solamente por su futuro, por el destino irreductible, sino también por sus orígenes porque no sabemos nada de quiénes fuimos antes de ser, y cuando digo “antes de ser” me refiero antes de ser deseados por nuestros padres. Éramos cero, tan cero como vamos a ser dentro de muchos años después de muertos, cuando no queden más que nuestros huesos y no se sepa de quiénes son.

Yo entré en Internet para ver quién eras vos, no tengo nada de paciencia y vi solamente una frase tuya donde decías que no entendés cómo la gente no se pelea más. Y la pregunta que yo a veces me hago –por ejemplo cuando veo el tráfico en la calle– es: ¿cómo no se mata esta gente manejando los autos?, con la agresividad... no con la que se maneja –que es un tema en sí mismo– con la agresividad que significa un armatoste como un auto, tan desproporcionado en relación a lo que es el ser humano, lo que es la subjetividad; que te pasa por encima con toda facilidad y estamos frenando a centímetros de matarnos. ¿Cómo en una esquina no chocan permanentemente?

De la misma manera yo creo que estamos a la defensiva permanentemente de la agresividad y de la destructividad, y cuidándonos.

Cuando alguien preguntó sobre la pulsión de vida y de muerte, no es que la pulsión de vida no exista, gracias a que existe... –hay que tener un cierto vuelo para entender este concepto de pulsión, pero es un artilugio que encuentra Freud para entender por qué la pulsión de muerte no gana de entrada–. Es decir, son como firuletes que hacemos para suponer una cantidad de cosas que nos hacen sentir vivos y eternos y tener muchos recursos desde las religiones hasta religiones privadas, hasta religiones inconscientes, hasta el arte, muchas veces como una

suposición de que eso va a prorrogarnos, o como la idea –que decía antes– de que los psicoanalistas no se mueren y cosas por el estilo.

Creo que todo eso está variando mucho; que la llamada crisis del psicoanálisis nos ha hecho muy bien porque nos puso un poco en vereda. El tema que estamos hablando, psicoanálisis y comunidad, es muy importante porque creo que cada vez estamos más como inmersos en la comunidad y no nos damos cuenta quizás, pero hay que estar en la comunidad para darse cuenta cómo el psicoanálisis ha entrado y cómo las instituciones son conocidas y mucho más destacadas desde afuera que desde adentro; yo creo que eso también es algo pulsional nuestro, el sentir como fracaso el que no hemos podido triunfar sobre lo irreductible, cosa que para el que está afuera es absolutamente supuesto. Cuando presenté el otro trabajo sobre la institución el año pasado, me preguntaban sobre la bibliografía y yo decía que una de las bibliografías mías eran las Reuniones de Socios, pero atendiéndolas con una lectura no racional solamente sino un poco tendiendo a tratar de comprender psicoanalíticamente.

Sí, lo de la inercia pulsional institucional es algo que yo creo que –más o menos– lo traté acá. Los consultorios creo que ya no son extramuros, yo pongo acá cómo Bleger –en otra época, porque hay que acordarse de que las épocas cambian– se ocupó de describir la institución en el encuadre pero haciendo un corrimiento para no hablar del tabú impuesto a mencionar situaciones que ocurrían en la institución, y mencioné el trabajo de Wender y Janine de mundos superpuestos entre analista y analizante como ejemplo de cómo nos pueden pegar muy fuerte a nosotros situaciones de crisis que involucran tanto a los pacientes como a nosotros mismos, y cómo produce en el analista una cantidad de patologías. Me gustó más que nada de ese trabajo –más que el trabajo en sí– la valentía de poder decirlo y publicarlo.

O sea que yo creo que se avanzó mucho. Disculpen si no contesté puntualmente, pero quiero agregar que lo de Graciela es muy difícil, me gustaría mucho seguir hablando con ella para ir encontrando cómo enlazar las cosas, porque estoy completamente de acuerdo con lo que dice ella, yo creo que estamos hablando más o menos de lo mismo, yo en una forma un poco cuadrada me ocupé de seguir con lo pulsional, pero ella está trayendo toda una cantidad de situaciones.

Y de paso también –para terminar– quiero agradecer a dos personas: a Russo y a Zonis que me mandaron trabajos críticos sobre mi trabajo, y particularmente Zonis me hizo una pregunta acerca de cómo relacionar narcisismo y pulsión. Obviamente esto sigue y sigue y se multiplica.

Graciela Frigerio: ¿Qué decirles? Primero me parece que sería dejar de lado algo para mí muy importante no agradecer la hospitalidad, la generosidad de la escucha, la generosidad de los comentarios de Raúl.

Yo comparto con vos que me parece que nosotros tenemos –aún sin habernos conocido antes– unas ciertas afinidades en las preocupaciones. Incluso –por ahí– también una preocupación por la literatura y por otras cosas que a veces las instituciones no necesariamente autorizan a sus miembros, pero toleran más fácilmente a los extranjeros: “Después de todo, pobre, viene de afuera, no sabe qué hacer acá”.

Quiero marcar unas poquitas cosas, yo creo que algunas de las preguntas que ustedes hicieron y los comentarios de Raúl –que en muchos casos estaban destinados a pensar las instituciones psicoanalíticas– son preguntas para las instituciones en general y para toda institución que se ocupe de la transmisión bien en particular. Quizás hay una cosa que a mí me llama la atención en mi propio territorio: cómo las instituciones que se construyen en nombre del saber, son las primeras donde no querer saber es lo que más funciona. Y ya no hablo de no querer saber sobre lo inconsciente. ¿Leyeron *El cartógrafo de Lisboa*? Donde dice “la voluntad de ignorar, lo que me pusieron era la voluntad de ignorar ahí donde yo quería saber”.

Y esto me lleva a pensar algo que a lo mejor tiene un punto de contacto con alguno de los comentarios, por lo menos yo cuando pienso las instituciones y las instituciones educativas, la cantidad de veces que todos decimos –y que yo misma digo– “la institución”, y se la piensa como un Uno compacto, sin clivajes, sin ambigüedades, sin tensiones. Por eso quizás también la cuestión de Edipo me atrae tanto, porque pone en evidencia la ambigüedad, tenemos unas ganas de sacarnos la ambigüedad de encima, nos gustaría que todo fuera... como la pulsión, o es de vida o es de muerte. Como si no trabajaran juntas

todo el tiempo, como si la misma pregunta no necesitara de las dos.

Entonces creo que la primera cuestión es esa: la institución está plagada de ambigüedades, de tensiones, de querer saber, de voluntad de ignorar, nunca es toda, nunca es totalmente, nunca es definitivamente, nunca nadie puede hablar en nombre de la institución. Lo hacemos, yo también lo hago cuando decimos “la institución”. La institución, ¿qué sé yo cuántos pedazos, cachitos, tendencias, tensiones, conflictos?

En todo caso la institución no es lo Uno para mí y esa me parece una cuestión importante porque lo Uno es siempre totalitario, el totalitarismo del Uno, hay un modo, una cultura, lo hegemónico, la manera, el camino, el método.

Público: El monoteísmo.

Graciela Frigerio: El monoteísmo. Tenemos una necesidad aterradora de lo Uno y después caemos víctimas, presas de esa cuestión unificante.

Raúl habló de valentía, ya no me acuerdo a propósito de qué. Unas preguntas que alguien se hizo, un trabajo, de sí mismo quizás...

Raúl Levín: A propósito de un trabajo de Wender y Janine.

Graciela Frigerio: Él también hizo gala de una cierta valentía acá al poner unas preguntas un poquito incómodas respecto a por qué no podemos nosotros, que estamos pensando esto, pensar esto en relación a nosotros en una institución.

En todo caso me hizo acordar a un texto que salió hace poquito de alguien que trabaja con Derrida y ella habla de los riesgos y dice que nosotros en general estamos aterrados por el riesgo de morir. “Corre riesgo su vida” dice. Pero pocas veces nos preguntamos sobre la dificultad que tenemos de asumir el riesgo de vivir, que tenemos ahí también como trastrocada una cosa: nos da más miedo morirnos –decimos– y en realidad a lo que le escapamos es al miedo de correr el riesgo de estar viviendo.

Digo porque estar viviendo implica tramitar una conflictiva, hacerse cargo de lo que no podremos pensar nunca, de lo que nos va a trabajar siempre, de lo que se repite... ustedes sabrán más que yo de lo que se repite; otra vez lo mismo, en el mismo lugar otra vez lo mismo.

Entonces –digo– a lo mejor me parece que estos tiempos que son tiempos –a mi modo de ver– de oscuridad, como diría Hannah Arendt, de bastante oscuridad, también ponen en juego en algunos y en algunas instituciones la posibilidad de correr el riesgo, de tomar la valentía de vivir haciéndose cargo de esa galleta. Para lo cual convengamos que el psicoanálisis nos ha permitido unas tramitaciones que hacen que el riesgo de vivir sea un riesgo, hasta por momentos placentero, aunque suene un poquito exótico.

En fin, en todo caso respecto a una de las preguntas a propósito del miedo y del terror que nos lleva a juntarnos, me acordaba de las elaboraciones de un viejo psicoanalista –que murió porque no era eterno–, Didier Anzieu. Y Anzieu planteaba claramente esto respecto a lo grupal. Lo necesitamos al grupo, pero a su vez como se nos ofrece como un espejo múltiple aterrador y como tenemos miedo de disolvernarnos en él, de desaparecer, de ya no poder decir “yo”, cuando podemos lo rompemos. Y estamos ahí, tratando de juntarlo y de romperlo.

Y a mí me parece que la vida de las instituciones, el fondo de las instituciones tiene que ver con una ¿decisión? –no sé–. Lo posible respecto de la ambigüedad, que no se puede tramitar si no admitimos la ambigüedad. Es lo que hablábamos antes de encontrarnos con ustedes sobre el supuesto amor a los niños. Damos por sentado que es un principio universal y él dijo: a ver, desde que hubo niños tuvimos problemas con ellos; no es el único que lo dice pero él también lo sostiene en sus trabajos: no fue lineal, no eran nada, no nos importaban un corno, el amor materno es un invento posterior, la familia una fantasía hegemónica tardía. Pero nos gusta pensar –nuevamente– borrando la ambigüedad.

Quizás lo maravilloso del psicoanálisis –y de sus límites también– tenga que ver con devolvernarnos esa ambigüedad, una... ¿qué sé yo?, una conciencia sobre la ambigüedad.

Raúl Levín: Yo creo que tu ambigüedad la relacioné directamente con

la palabra libertad, es decir no es una ambigüedad como consecuencia patológica sino es permitirse saber que no sabemos, iniciar esa aventura y abiertos a lo que encontremos. Y acompañando –además– a la cultura que está al lado nuestro sin clausurarnos ni en lo actual ni en lo histórico. Porque por ejemplo vos que sos... no sé, ¿psicopedagoga?

Graciela Frigerio: Tengo un doctorado en sociología, si ustedes me perdonan semejante atrocidad.

Raúl Levín: Pero estás en el tema de la pedagogía y la historia del psicoanálisis ha ignorado completamente un siglo de psicopedagogía, que fue un antecedente importantísimo en el psicoanálisis de niños. Entonces se da que de pronto aparece un analista que descubre que los chicos se expresan con juguetes... y se borraron 100 años en que los pedagogos trabajaron con juguetes.

Es decir hay una clausura desde muchos puntos de vista, no solamente actuales sino también históricos. Puede haber muchas historias del psicoanálisis también, ¿no?

Graciela Frigerio: En todo caso me parece que esa cuestión que vos marcás, uno podría decir que por momentos nos dan como atrinchamientos identitarios, que a veces toman cuerpo de institución, a veces son de los campos del saber, y a veces son singulares.

Raúl Levín: Otra cosa que quería comentar es el tema que vos dijiste de la literatura. Me parece que la inclusión de la literatura también es tabú, y me acuerdo particularmente porque yo escribí varios libros de poesía y ella me preguntó: “¿No ponés eso?”. Yo hace unos años seguro que no lo hubiera puesto, pero después presenté libros acá en APdeBA –porque me animé– pensé que me iban a estrolar, pero no. Pero pocos años antes me habían dicho: “¿Poeta? Loco”. Me dijeron así directamente.

Ahora, yo creo que la literatura, por lo menos la novela en el siglo XIX –que para mí es el formato literario más importante– se adelantó muchísimo al psicoanálisis, *Madame Bovary* se escribió el mismo año

que nació Freud y ya tenés un historial de Freud completo sobre la histeria. Y sin embargo los psicoanalistas lo ignoran.

Y en la poesía –que es lo que a mí más me atrae– hay toda una cantidad de preguntas acerca del Yo y del Yo poético y del Yo escritor, especialmente hechas por Keats, que son cosas que se desconocen y que sería fantástico que alguien pudiera desplegarlas de tal manera que podamos incorporar que el ser humano se maneja no siempre de la misma manera, pero de las mismas producciones.

Eso, por ejemplo, está vedado a la institución en general.

Graciela Frigerio: Comparto plenamente. Quizás solamente una pequeña cosa. A mí me parece que el problema con lo que leemos tiene que ver con nuestra posición, no con el género que le atribuimos. Me parece que si uno se sienta y dice: “tengo que leer una teoría”, te sentás de un modo, subrayás... y si lees una novela parece que no. Son dos ficciones –digo– no hay otra historia. Es a puro cuento la vida. Yo comparto plenamente. Y a pura poesía.

Raúl Levín: Además Freud directamente se quejaba de que nuestra disciplina parecía más literaria que científica y cuando Kraft Ebing le dijo: “es un cuento de hadas científico”, él le dio la razón. Y él lo lamentaba porque quería ser un investigador como neurólogo, positivista, etc., etc. Pero decía: lo que sale es esto, son las palabras de mis pacientes que yo las transmito. No lo decía poéticamente pero creo que lo hacía teatralmente.

Cuando se dice que a Freud le dieron el Premio Goethe y que es el único reconocimiento –lo dicen así, como diciendo que no se reconoció al psicoanálisis– yo creo que es un enorme reconocimiento, porque si Freud no hubiera sabido escribir bien creo que no hubiera podido exponer sus teorías.

Público: Pensé, con lo que decía Raúl de si los analistas pensaban en las instituciones, yo pensé que más que pensar en las instituciones se trata de hacer experiencia de las instituciones, y me parece que es a eso a lo que hay que invitar a los jóvenes: a hacer experiencia. Nos

cuesta sentir que hagan una experiencia que les sirva, que sea positiva, que sea parte de su formación la experiencia institucional.

En ese sentido creo que lo que dijo Graciela acerca del explorador, es que entrar en una institución es entrar a explorar. Uno no sabe cómo es y hay que hacer como le salga. No hay otro camino para hacer experiencia en las instituciones, todos lo hicimos así, más allá de que llegada cierta edad nos agarre el bronce un poquito.

Cuando hablaban de ansiedades psicóticas, ¿qué se pensaba que eran, abstracciones? Tiene que ver con crímenes, con tragedias, con ese tipo de cosas que se movilizan en los intercambios humanos. Así que en las instituciones es eso lo que va a aparecer, es eso lo que da miedo. Al mismo tiempo es eso lo que hay que enfrentar.

Y para terminar yo también quiero leer una cita de un libro que estoy leyendo –muy cortita, no se asusten–. Es de Kant. Jamás hubiera pensado que Kant se ocupaba de esas cosas, dice: “¿Qué es la Ilustración? La salida del hombre de su minoría de edad, de la cual él mismo es responsable. Minoría, es decir incapacidad para servirse de su entendimiento sin la dirección del otro”.

La experiencia institucional es un poco eso.

Y por último, lo que decían si la institución protege... Yo les diría que se cuiden mucho de los que los protegen, porque uno de los argumentos que hemos escuchado durante años en la institución era que había que cuidar a los jóvenes. Y algunos sospechamos que en esos cuidados consiste la demora.

Público: A mí me parece que para no estar a la intemperie, uno arma paredes, pone techos y no se da cuenta de cuán rápido se convierten en murallas. Tengo un amigo arquitecto que una vez me contó que en Japón –no en todo Japón, no en todas las épocas– como además tienen poquito espacio, las paredes son movibles. Entonces los lugares pueden ser de día living o comedor; de noche, un dormitorio, etc. O sea que incorporan la idea de tiempo y se modifican.

Yo creo que por ese lado está la posibilidad de derruir alguna muralla, abrir alguna ventanita. Que no predomine lo Uno exclusivamente.

Graciela Frigerio: Yo tengo pocas palabras. Gracias, gracias por la generosidad de la recepción, de la escucha, también por esta pequeña experiencia donde se concreta que uno puede dialogar desde sus afinidades y –por ahí también– desde sus diferencias, desde los saberes y las ignorancias sin necesidad de que esto devenga una carnicería.

Creo que tenemos poca experiencia –últimamente– de conversación. Y agradezco profundamente la ocasión porque para mí la cuestión de hacer experiencia de la institución, en nuestras instituciones, es hacer la experiencia del saber. Y la experiencia del saber requiere la conversación así: serena, apasionada a la vez –qué sé yo– de más de uno.

Muchísimas gracias –a Raúl ni hablar por su infinita generosidad– pero a los que me convocaron y a ustedes.

Raúl Levín: También solamente agradecer. Para mí fue un gusto. No voy a mencionar a todos pero conocerla a Graciela me encantó, me sentí re-cómodo, me aflojé completamente y quiero terminar con una sola cosita que me parece que no se difundió lo suficiente –tampoco sé si estoy en lo cierto– pero tengo la noticia de que la institución va a mandar un equipo de psicoanalistas al Sur, para dar soporte técnico a una situación *equis* social que la necesita y que los analistas pueden ayudar. Y creo que ese es un paso que lo tenemos que subrayar. Es una vuelta de tuerca más en el sentido de lo que estamos hablando. Como esta es una reunión sobre psicoanálisis y comunidad, no quería dejar de decirlo.